

LA SABANA ROJA

Evalina Santiago de Figueroa
Universidad de Puerto Rico, Ponce

Está aburrido. El aburrimiento lo invita a pasear entre los sembradíos, que lucen radiantes bajo un sol tibiecito. Observa con gran interés los bejucos de ñame que, a simple vista, forman diferentes figuras de la fauna. Una de ellas parece un mamut verde, la otra, una jirafa tratando de comerse una hebra esmeralda que está fuera de su alcance. A su lado, un lagarto meditando, tal vez, cuál sería su próxima víctima. Continúa sendero abajo, pero sin prisa. Percibe unas voces infantiles. Va en su persecución. El asombro lo petrifica: dos niños —muy niños— se esfuerzan por levantar un cuerpo del río. Los niños están consternados y se tuercen las manecitas sin lograr calmarse. Uno de ellos se pone de pie. Hay gran determinación en su mirar.

— Quédate con él, voy en busca de ayuda.

Se aleja separando los arbustos de café. Está pálido. En sus ojos, brillan un par de lágrimas que se niegan a rodar mejilla abajo.

El otro niño se inclina un par de veces y pone su oído en el pecho del hombre desmayado.

— ¡Papá, no me asustes! Será mejor que te levantes.

El chiquillo comenzó a llorar y fue entonces cuando se le acercó.

— ¿Quién es ese señor?

— Es mi papá. Salimos a buscar unos ñames y cayó al río. Otras veces le ha ocurrido lo mismo y se ha levantado. Hoy, no lo quiere hacer. Yo creo está bromeando. Sólo quiere asustarnos.

La cara del hombre está amarilla y una saliva viscosa le cuelga de los labios. No se atreve a tocarlo. Bajo la nuca hay una mancha escarlata. El hombre, al caer, se ha partido la cabeza y el niño no se ha percatado.

— Ayúdeme a levantar a mi papá.

Se acerca al cuerpo desmayado y coloca su dedo índice a la nariz, pero no percibe respiración alguna.

— ¿Por qué hace eso?

— ¡Pues...!

— ¿Está dormido, verdad?

— Sí. Creo que duerme.

— ¿Por qué se empeña en dormir aquí?

El siempre se acuesta en la cama y se arroja con su sábana favorita.

A sus espaldas crece un rumor de voces y pasos atropellados. El niño viene acompañado de varios hombres y una mujer. Esta irrumpe en gritos y se abraza al cuerpo exánime.

Los dos hermanitos se miran. No comprenden lo que está ocurriendo. De pronto, el que había ido en pos de ayuda, extrae de su pecho una sábana y cubre el cuerpo de su padre.

— Esta es tu sábana, papá. Yo sé que no puedes dormir sin ella.

Uno de los hombres tira la sábana y lo descubre. Después, deposita el cuerpo sobre la misma.

Los niños miran asustados la sábana que se va tiñendo de rojo.

— ¡Pobre papá! Cuando despierte se va a llenar de rabia. Le han manchado de sangre su sábana predilecta.